

mundo gráfico

Miércoles, 21 de Octubre de 1936

DIRECTOR:

Luis González de Linares

En este número:

Cómo se edu-
ca a los hijos
de los com-
batientes en
el Hogar In-
fantil del 5.º
Regimiento

Luis de Tapia
y las cancio-
nes de la gue-
rra civil

y

La odisea de
un "chaval" de
doce años,
que estuvo
cuatro días y
cuatro noches
andando ha-
cia Madrid, y
cuya foto se
publica en es-
ta portada

AÑO XXVI
Número 1303
Hermosilla, 73
Apartado 571
MADRID

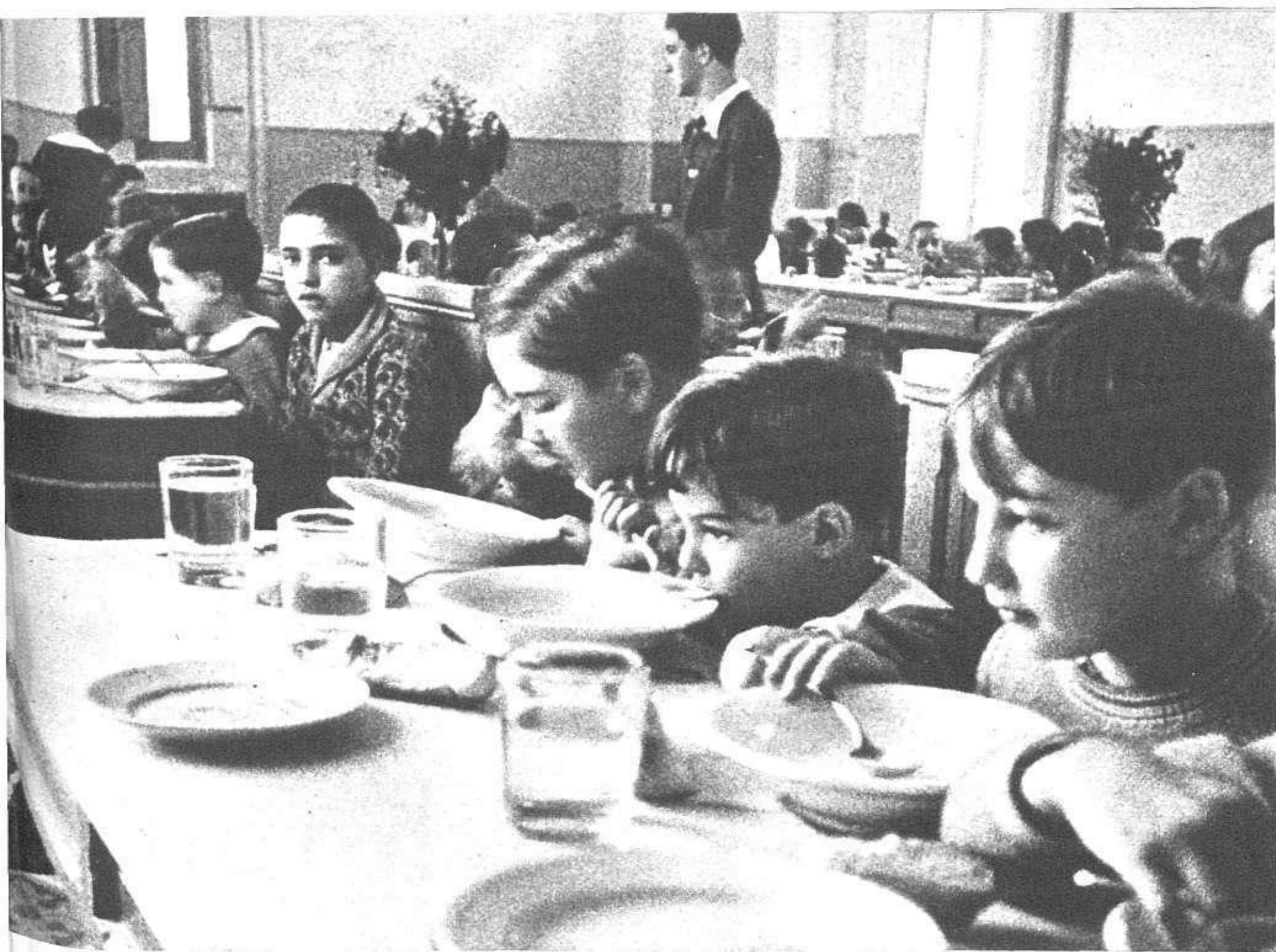




**Cómo se educa a los hijos de los combatientes
en el Hogar Infantil del 5.º Regimiento**

Las niñas y los niños recogidos en el Hogar
del 5.º Regimiento trabajan bajo la vigi-
lancia de los profesores (Fots. Antifafo)





La comida de los hijos de los combatientes

Cómo se educa a los hijos de los combatientes en el Hogar Infantil del 5.º Regimiento

LA visión más directa, dramática y espectacular de la guerra es la de los campos de batalla: las ametralladoras, las trincheras, las casas trágicamente mutiladas, la muerte entre un coro de cañonazos y de gritos. Pero hay también, callada y dolorosa, otra estampa de la guerra: el dolor en la retaguardia, las hileras de viudas y de huérfanos, las familias deshechas porque el padre,

o el hermano, o el hijo quedaron allá, sobre una tierra encharcada de sangre.

Muchas instituciones acogen ahora en Madrid a los chiquillos cuyos padres combaten en los frentes o a los chiquillos que pudieron escapar de los lugares de lucha, en un éxodo sombrío. Esa es la guerra, vista desde la retaguardia, en sus estampas trágicas y silenciosas.

Muchos de aquellos chiquillos son ya, sin saberlo ellos mismos, huérfanos. El padre marchó un día alegremente, fusil al hombro. Primero, unas cartas largas, con detalles menudos de la vida de campaña. Las cartas se fueron espaciando, y un día dejaron de llegar. Nada más. Aquel silencio largo del ausente era la muerte, era la orfandad.

Uno de esos grandes hogares colectivos para chiquillos de los combatientes es este que el Socorro Rojo Internacional tiene establecido en lo que era hasta hace unos meses Asilo de Convalecientes, en la calle de Abascal. Es un edificio grande y claro, de enormes salas, de sobria decoración. Están recogidos en él unos doscientos setenta chiquillos, entre niños y niñas. Su edad varía entre los seis y los catorce años. De esos niños, la mayor parte tienen a sus padres combatiendo en los frentes; el resto son evadidos de los lugares de lucha.

—Mi padre hace ya cerca de tres meses que se marchó a la Sierra.

—El mío está en Avila.

—Y yo vine con mi familia desde Talavera.

Todos estos *peques* aquí recogidos—¿cuántos son ya huérfanos sin saberlo?—reciben al mismo tiempo asistencia y educación. Su jornada empieza pronto: a las siete y media de la mañana. Gimnasia, clases, recreo. Pronto habrá también talleres: zapatería, mecánica, carpintería... En ellos empezarán a forjarse para la vida futura los chiquillos mayores aquí recogidos. Los de ahora son, en su mayor parte, párvulos, *peques* entre los seis y los ocho años, más cerca de la escuela que del taller.

Encargados de la enseñanza de los chiquillos están cuatro maestros y cuatro maestras. Hay, además, un equipo de cuidadoras, para vigilarlos en todo momento, para atender a los más chiquitines, a los que exclusivamente por sí solos no pueden valerse. Además, y con sujeción a un orden establecido, los maestros y maestras se turnan para, después de acabadas las horas de lección, seguir conviviendo con los chiquillos. Es decir: se busca que no exista una separación entre hogar y escuela, que ambos conceptos y ambos ambientes se fundan para esos niños en una misma vida, en un mismo fondo para sus horas.

El juego, el recreo. El juego en que, insensiblemente, van los muchachos mostrando y forjando su inclinación espiritual. Se les da, por ejemplo, plastilina para modelar cuantas figuras les sugiere su imaginación. Con ese barro de colores alegres hacen muñecos, carros, casas, muebles, bichos... Hay figuras que son verdaderas y pequeñas obras de arte, signo de una gran habilidad manual, promesa y temblor ingenuo de lo que quizá puede ser un día maestría escultórica.

Muchos días, acabado el ritmo normal de la jornada, se dan conferencias a los muchachos. Se les habla, en un tono sencillo y fácil, asequible para ellos, de temas de cultura popular o de temas políticos. Ellos escuchan con una atención absorta las palabras que van abriéndoles mundos nuevos, que van haciendo surco en sus frentes para las ideas que serán más tarde su pasión de hombres.

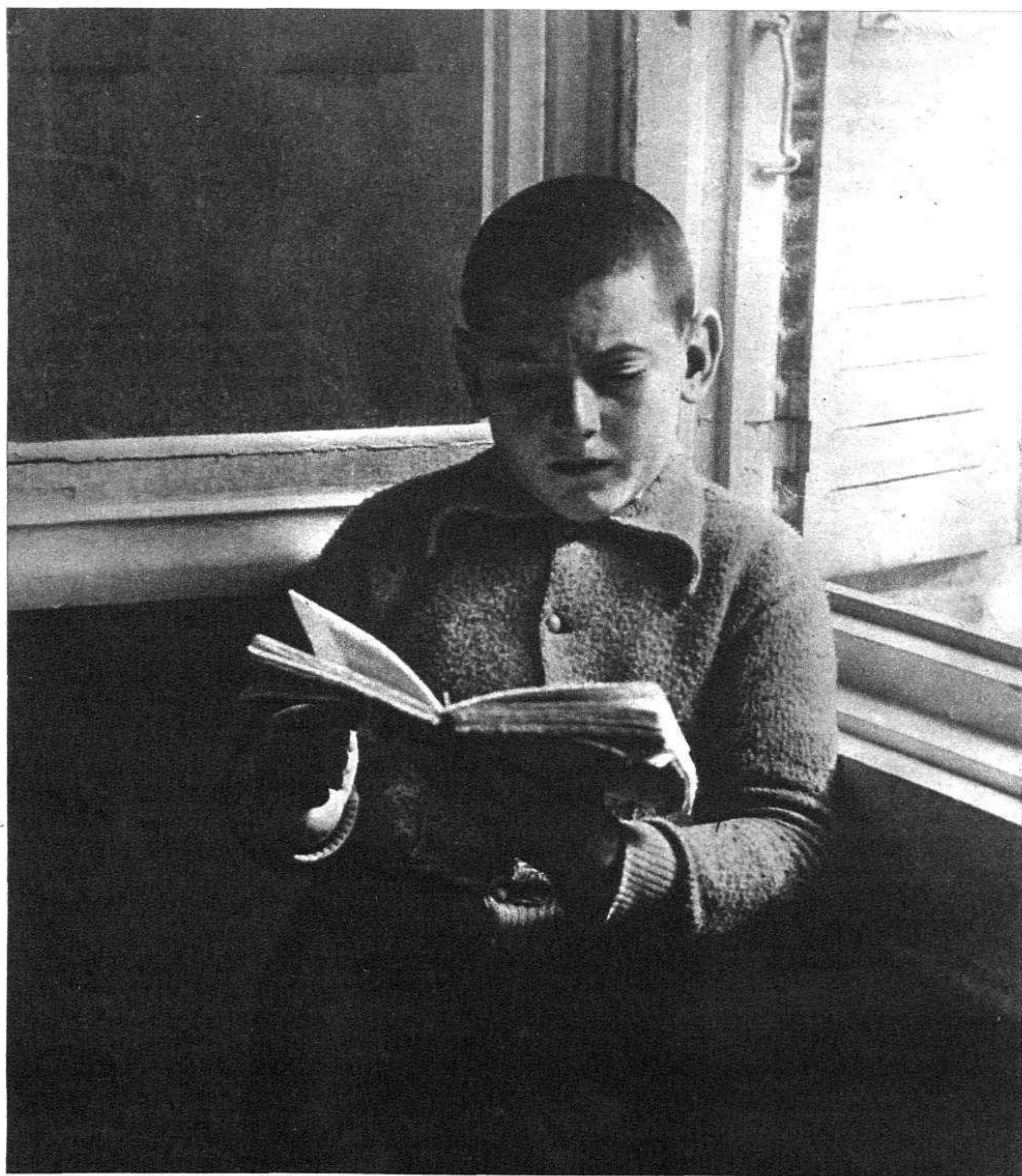
Los chiquillos tienen su periódico. Es un periódico mural, pegado sobre la pared de un pasillo inmediato a uno de los amplísimos comedores. Los *peques* hacen para su periódico dibujos y textos. Dibujos, casi siempre, sobre figuras y temas de esta apasionada hora española de hoy. El texto es, igualmente, sobre motivos de actualidad. Así, por ejemplo, uno de esos breves artículos infantiles comienza de este modo: «Prepárame el desayuno, que me voy a marchar a una reunión que tenemos hoy los compañeros. Asistí a la junta con gran entusiasmo; hablamos de algunas cosas que teníamos que hacer. Al salir de la reunión, dije a un compañero: «Oye, Carlos, ¿qué representan las Milicias populares en España hoy para ti?» Y el compañero Carlos me contestó: «Hombre, pues los que han sustituido a los guardias de Asalto.» Yo me eché a reír, diciéndole: «Compañero, estás muy equivocado...»

Seguramente el rasgo más nuevo y más interesante en este régimen de vida que siguen los acogidos en este Hogar del Hijo del Combatiente es lo que hay de autodeterminación y autoadministración en estos muchachos. Los distintos grupos tienen sus responsables, elegidos por los mismos chiquillos cuando éstos son ya mayores, o, si son pequeños todavía, designados por aquellos otros de mayor edad. Los muchachos celebran sus reuniones y hablan y discuten sobre problemas que afectan a su vida en la residencia. Observaciones, quejas, sugerencias... El responsable es el encargado de recoger todo esto y darle la tramitación correspondiente. Se educa de este modo a los chiquillos en el concepto de la propia responsabilidad y de la iniciativa propia.

Esta es la vida que llevan esos centenares de niños y niñas acogidos en el Hogar del Hijo del Combatiente. Ese es el espíritu en que se va modelando su personalidad naciente, surgida a la vida en la hora más tensa de España. Ellos, aquí, juegan, corren y ríen. Estudian o se disponen a entrar en el taller. Sus padres, en tanto, luchan allá, en un duelo dramático con la Muerte. O quizá cayeron ya sobre la tierra enrojecida por la sangre.



SOCORRO ROJO INTERNACIONAL
HOGAR INFANTIL DEL 5.º REGIMIENTO
DE MILICIAS POPULARES



La odisea de un «chaval»
de doce años

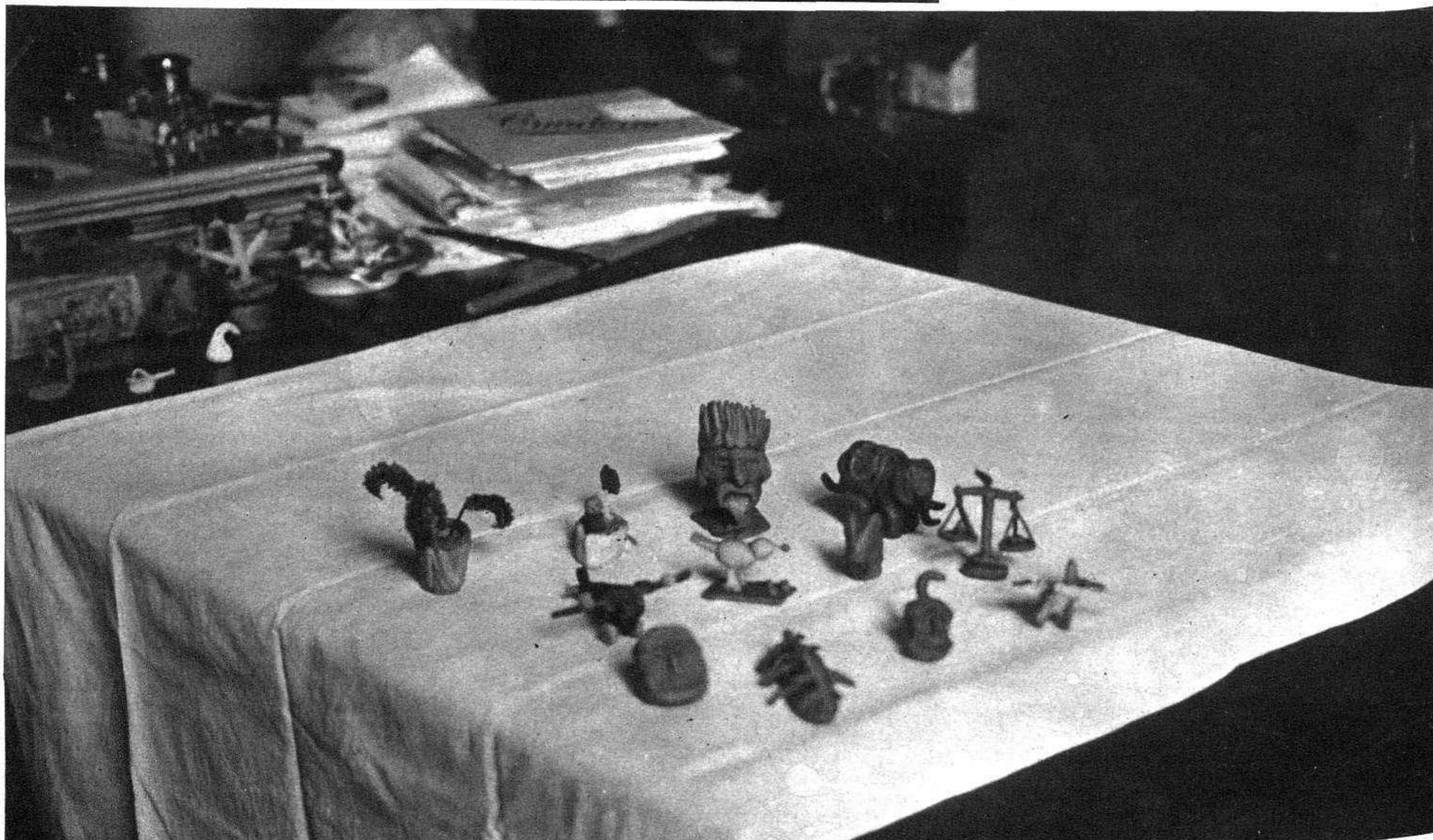
Cuatro días y cuatro no- ches andan- do hacia Madrid

ALBERTO Leiva es un *chavea* de doce años, fuerte y vivaz, de rostro tostado y de ojos grandes y expresivos. Es suelto de ademán y rápido de gesto. Habla con un marcado acento cordobés, y hay en todo él la viveza de su tierra meridional.

Es andaluz, y está ahora en Madrid, en una de las re-

Los libros compensan un poco a este «chaval» cordobés, que tan prematuramente ha conocido el dolor.—En estas figuras que Alberto Leiva, como otros chiquillos compañeros suyos en la misma residencia, modela apuntan muchas veces verdaderas condiciones artísticas

(Fots. Videal)



sidencias para hijos de combatientes y de evadidos. Vive con centenares de compañeros. Otros *chavales* como él, que a lo largo de todo el día estudian o se divierten en el jardín y en las estancias de la enorme casona que les sirve hoy de albergue.

Los chiquillos juegan y ríen, y nada en sus rostros delata el drama que pesa ya sobre sus pequeñas vidas. Entre esos dramas está el de Alberto Leiva. Doce años nada más, y ya sobre su espíritu la carga de un dolor, que irá haciéndose más grande a medida que los días pasen y que la conciencia adquiera todo su valor en la personalidad todavía balbuciente.

Hoy, lo vivido sólo le parece aún a este muchacho como un sueño, del que le apartan los juegos y los amigos, del que le aparta, sobre todo, su escasa edad. Mas cuando el niño vaya muriendo y el hombre surja, el recuerdo de la tragedia—el mismo sombrío recuerdo en tantos otros niños españoles—se hará más patético en la frente de este Alberto Leiva del rostro tostado y los grandes ojos expresivos.

Rápidamente, a saltos, como si no quisiera acordarse de ello, ha ido evocando sus horas malas. Parecía, mientras hablaba, que tiraban de él, más poderosos que el recuerdo de drama vivido, los juegos y las palabras de los compañeros que corrían cerca.

Es de Montilla. Su padre era el presidente de la Sociedad de Carpinteros de este pueblo cordobés. Ardía la provincia en las llamas de la guerra civil. Un día, la lucha estalló allí mismo, en las blancas calles montillanas, ante las casas bajas, que se cerraban precipitadamente. Sonaban los fusiles y las ametralladoras. Se oían gritos. A trechos, un silencio impresionante.

En casa de Alberto Leiva, los siete chiquillos del matrimonio se acurrucaban junto a la madre. Los tiros tenían un eco de tragedia sobre el hogar proletario. La hermana mayor—catorce años—sostenía en brazos al último de los hermanos: un chiquillo de un año nada más.

Así, reclusos en el hogar, hubieron de estar muchas horas, sin poder salir. Cuando parecía ya extinguida la lucha pensaron en marchar de la casa, en huir del pueblo. El matrimonio y los chiquillos salieron. No había acabado aún el drama de Montilla. Allí mismo, casi a la puerta de la casa, quedó muerto el padre. Al escuchar los tiros, este Alberto Leiva, que está hoy en Madrid, echó a correr. Le pareció, en la huida, que los soldados detenían a su madre. No vio más. Dobló la primera esquina, cruzó calles y calles hasta verse en las afueras del pueblo. Sobre su oído y sobre su corazón seguían resonando aquellos tiros que habían matado a su padre. Corría y corría, anhelante, angustiado. Iban quedando lejos las casas blancas del pueblo. Ya Montilla era sólo un caserío perdido en la distancia.

—Yo sólo pensaba en correr, en ir lejos de allí...—dice ahora, al recordar las horas de la huida febril a través de los campos cordobeses.

Muchas horas así. Y no le fatigaba el andar. Cuando fué de noche y el sueño le venció, se tendió a un lado del camino. Pero su obsesión única era la de andar, la de alejarse de Montilla. Caminaba de día y de noche. Así llegó a Espejo. Después, a Villa del Río. Ya no recuerda más nombres de pueblos. Andaba y andaba, sin saber hacia dónde iba.

De vez en cuando encontraba por la carretera patrullas de soldados. Le paraban, le preguntaban adónde iba. El decía que a Madrid, ignorando realmente si aquel camino llevaba en efecto a Madrid. Los soldados le dejaban seguir.

—Bueno, muchacho, vete.

Así, sobre los caminos, cuatro días con sus cuatro noches, en su corazón el recuerdo del padre muerto, de la madre y los hermanos distantes. Para él apenas existían el hambre y el sueño. Sólo aquel afán único de escapar, de llegar a tierra de paz. Cuando el sueño podía más que sus piernas, se echaba a dormir a los lados del camino. Si el hambre le azuzaba, entraba en las huertas y cogía fruta.

Al cabo de esos cuatro días con sus cuatro noches vio que un coche avanzaba por la carretera. El coche se detuvo ante el chiquillo. Unos hombres se bajaron e hicieron al muchacho unas cuantas preguntas.

Este coche era del Socorro Rojo Internacional. Subieron en él al muchacho. Unas horas después, Alberto Leiva estaba en Madrid, en una de las oficinas del Socorro. Y al día siguiente ingresaba en la residencia en que ahora está, y en la que lleva ya un mes. Allí juega, estudia y se dispone a aprender un oficio.

No ha vuelto a saber nada de Montilla. Nada de su madre y de sus hermanos. ¿Está la madre en la cárcel? ¿Pudieron escapar, como él, y están en algún otro pueblo? Alberto Leiva, aquí, en Madrid, sin los suyos, se siente solo, huérfano.

Pero él prefiere no hablar de su drama, de su odisea. Es todavía un niño, y tiene ya un pasado. Como en un escape de esa realidad triste, prefiere hablar de su porvenir, del oficio que quiere aprender afanosamente.

—¿Qué vas a ser?

—Carpintero. Como mi padre.

J. M. A.



Alberto Leiva, el pequeño evadido de Montilla, en una galería de su actual residencia en Madrid



El pequeño evadido, con otros compañeros suyos, hijos de combatientes, ha hecho con plastilina y papel este pueblecito: casas, molinos, comercios, carros, hombres...

(Fots. Videal)



La muchacha de los treinta y dos suicidios

Una tarde, en un café de Viena

ESTÁBAMOS sentados en un café cuando, de pronto, mi amigo Jean Leitner, tras un fuerte suspiro, dijo:

—¡Cuánto tardan en llegar las Pascuas! Sólo entonces respiraré.

Miré, sorprendido, a mi interlocutor, un comerciante de chucherías marroquíes de la Kartnerstrasse. Su rostro, habitualmente tan tranquilo, reflejaba ahora una gran inquietud.

—No comprendo—le dije—. ¿Por qué quieres envejecer?

—No es que quiera envejecer esas tres semanas. Es que estoy inquieto por mis hijos. En esta época, ante las vacaciones de Pascua, se distribuye a los escolares las tarjetas con sus notas trimestrales de estudio. Y como yo sé que este invierno el trabajo de mis muchachos ha dejado bastante que desear, temo que cometan alguna tontería al ver las notas desfavorables.

—¿Alguna tontería? ¿Una fuga quizá?

—Algo más grave. El año último mi hija hizo ya alusión a su deseo de suicidarse porque no cedimos a uno de sus caprichos. Desde entonces no me he atrevido a contradecirla en nada.

—Una muchacha que se suicida. No es creíble.

—¿Te burlas de mí? Juzgarás esto de otro modo cuando conozcas la clínica de niños de alma enferma y, sobre todo, cuando hayas escuchado la historia de la muchacha de los treinta y dos suicidios.

El alma triste de una niña

¿La muchacha de los treinta y dos suicidios? Simplemente estas palabras me intrigaron ya. Mi amigo me contó que era miembro de cierta Asociación para aconsejar a la juventud. El objeto principal de esta institución era salvar los niños que por haber conocido prematuramente los dolores y las decepciones de la vida puedan tomar un día la decisión de quitársela. En ninguna parte de Europa—ni de todo el mundo, se puede afirmar—existen tantos niños desgraciados, víctimas de una profunda conmoción psíquica, como en Viena.

En cuanto a la niña de los treinta y dos suicidios, mi amigo me contó una historia que me emocionó profundamente.

Hilda Strassinger era la hija del dueño de un establecimiento de bebidas de Viena. Crecía entre los que venían a beber el vino gustoso de las mejores bodegas aus-

tríacas. Se hablaba, se discutía entre los clientes del establecimiento todo el día. En este ambiente, en la pereza y la dulce melancolía de las veladas de invierno y de las largas jornadas del estío, la muchacha no aprendió a resistir sus caprichos y a defenderse contra sus impulsos. Hija única y mimada de sus padres, se arrebataba a la menor contradicción, al menor obstáculo opuesto a su voluntad. Si llegaba alguien que le prohibiese cualquier cosa, experimentaba esto como una grave ofensa, y era para ella como una herida moral que hacía profundo surco en su alma. Aparte de esto, era una chiquilla dulce, de cabellos rubios y ojos azules. Una niña muy de Viena, en lo físico, pero en cuyo espíritu no había nada de la alegría insaciable de sus compañeras.

El primer suicidio de Hilda Strassinger

Hace cinco años, una tarde de Febrero—tenía entonces catorce años—, un amigo del padre se presentó en el establecimiento. Era para llevar una tarjeta de invitación a un baile de máscaras que había de celebrarse por la noche. Describió expresivamente lo mucho que se pensaba divertir, citando a unos cuantos amigos que se encontraban entre los que tomarían parte en la fiesta y entre los organizadores del baile.

—Espero que vendréis—dijo al marcharse, excusándose de su prisa por tener otras muchas cosas que hacer todavía.

—Esté seguro de que iremos—gritó vivamente Hilda. Y alegre, contra su costumbre, saltó al lado de su madre, abrazándola con efusión.

Llegó el padre, ausente durante la visita del amigo. Hilda le dio cuenta de la invitación que acababan de recibir y le expresó su deseo de ir a la fiesta.

El padre frunció el ceño.

—Esta noche es imposible, hija mía—habló—, porque debo salir para Linz, donde me esperan para asuntos de importancia. Debo concluir todas las compras de vinos que tenía tratadas por correspondencia. Los productores de toda esa zona se reúnen expresamente para tratar de las condiciones definitivas de la venta conmigo. Tu madre, por esto, no podrá ausentarse del restaurante. Además, ayer te quejabas de un enfriamiento. Ya irás otra vez.

Hilda no tembló, como otras veces hacía. Nada opuso a las razones paternas. Solamente una pesada lágrima se desprendió de su ojo, resbaló sobre su rostro y fué a morir en un pequeño pañuelo que ella sacó furtivamente.

Algunas horas después, la madre, que ya había ce-

rrado el establecimiento, subió a su habitación para acostarse. Al cruzar el pasillo al que daba la alcoba de su hija, se detuvo, porque creyó escuchar algo parecido a unos estertores. Aplicó el oído a la puerta. Su corazón golpeaba fuertemente. Los estertores se escuchaban perfectamente. Alterada, protegiendo con la mano la llama vacilante de su bujía, abrió la puerta y entró.

El espectáculo entrevisto en la penumbra la hizo retroceder de horror. Su hija, extendida sobre el lecho, tenía la cabeza vuelta, y el rostro, lívido; su pecho se agitaba como movido por una fuerza atroz, y sus labios estaban recubiertos de una espuma amarillenta. En el silencio de la noche, los gemidos de la moriente parecían llenar toda la casa. La visión trágica de la muerte pasaba ante el corazón dolorido de la madre.

Lanzando un grito desgarrador, descendió, fuera de sí misma, las escaleras, llamando a los criados y a los vecinos.

Una hora más tarde, los médicos, llamados con toda urgencia, pudieron declarar:

—Señora, no tema usted nada. Su hija se ha salvado. Este fué el primer suicidio de Hilda Strassinger.

El desafío a la muerte

Las sombras iban espesándose sobre el café, mientras yo seguía escuchando a mi amigo la historia de la pequeña vienesa que quería huir de la vida.

—A partir de aquel momento, Hilda se tornó más nerviosa que nunca. Frecuentemente declaraba lo bien que se había sentido aquella noche, ante la muerte, y cómo quería volver a aquella sensación de bienestar. Los meses que siguieron a su tentativa de suicidio, una extraña transformación se operó en su físico. Sus rasgos se alargaron; se hizo esbelta, delgada; sus ojos tenían reflejos extraños, y en toda su cara había una expresión indefinible de melancolía.

Su segunda tentativa de suicidio no tuvo, aparentemente, ningún motivo que la explicase. Visitaba un día a una de sus compañeras, y aunque iba acompañada de su madre, encontró ocasión de escaparse de la habitación en que todos estaban; se fué a un balcón y se echó en el vacío desde una altura de tres pisos. Milagrosamente, su falda se enganchó a una gran bandera que había en el segundo piso, y esto hizo más lenta la caída. Por un milagro mayor, chocó después con la marquesina. Estos obstáculos reiterados en la caída le salvaron la vida. Algunos golpes, algunas contusiones nada más. Ni siquiera llegó a perder el conocimiento.

Desde entonces, la muchacha no cesó de desafiar a la muerte. No hablo de su tentativa de arrojar al Danubio, ni de otros medios para liberarse de la vida, como, por ejemplo, cuando quiso abrirse las venas encerrándose en el cuarto de baño. Los procedimientos cada vez más ingeniosos que empleaba para buscar la muerte hacían de la muchacha un verdadero fenómeno, un caso de estudio y de observación para los psiquiatras. Ante la repetición de las tentativas, los padres de la muchacha la llevaron a la casa del ilustre Alfredo Adler, un antiguo discípulo de Freud, que se había separado de su maestro y que sigue el tratamiento de los espíritus juveniles por caminos enteramente nuevos.

Un día de sol, en el jardín...

—Hacía en las calles un calor terrible. Apenas ofrecía algunas sombras refrescantes el jardín de los Strassinger. Los clientes, en las mesas del jardín, apenas hablaban, bajo el sopor de la hora. Hilda servía bebidas a los clientes. Después se aisló, al fondo de un jardín inmenso, donde el sol caía fuertemente. A aquella hora, el jardín estaba totalmente abandonado. En este sitio estaban las colmenas, que el padre, apicultor ferviente, cuidaba con una gran paciencia. Hilda se dirigió directamente a las colmenas; las abrió, se arrancó después sus vestidos, y se acostó, vestida con una simple camisa, ante las colmenas abiertas.

Las abejas, excitadas, se pusieron a volar alrededor de ella. Clavaron sus aguijones sobre la piel de la muchacha, y ésta no tardó en desvanecerse. Cuando se la encontró, estaba deformada de tal modo por las picaduras, que era difícil reconocerla. Tuvo que guardar cama durante varios meses. Su constitución fuerte triunfó, por fin, de la enfermedad, y al salir de ésta, los padres trasladaron a Hilda a la clínica, célebre entre todas, en que se cuida de las almas enfermas de los niños.

Un extraño suicidio

Cuarenta y ocho horas apenas después de su llegada a la clínica realizó una nueva tentativa de suicidio, cuyo inédito carácter llenó de estupor a los doctores de la casa. Después de la comida habló amablemente con

su enfermera, que no se separaba de ella un solo momento, y que compartía con ella la habitación. Después, Hilda expuso su deseo de acostarse. Logró aislarse un momento, y encontró medio de escribir sobre una hoja de papel estas palabras: «Voy a morir reteniendo mi respiración.» Después se acostó, cerró los ojos y comenzó a ejecutar su proyecto. Lo hizo con un valor increíble. Y hubiese muerto, indudablemente, de una embolia, si la enfermera, a la que se había recomendado no perder nunca de vista a Hilda, no se hubiese dado cuenta de que la muchacha no respiraba normalmente y de que no daba ningún signo de vida en el lecho. Cuando dió la luz y se inclinó sobre la muchacha, vió, con estupor, que el rostro tenía ya un alarmante color violáceo. La obligó a tomar aliento de nuevo. Desde ese día, Hilda odió de tal modo a su enfermera, que ésta hubo de ser reemplazada.

Pasaron unos meses, durante los cuales Hilda, la desesperada, tenía constantemente sobre sí la atención de todo el personal de la clínica. Por dos veces quiso evadirse para intentar el suicidio, lo que pudo también evitarse gracias al teléfono y a lo que todos sabían de ella acerca de su terrible manía. Otra vez se golpeó la cabeza contra el muro de lo que ella consideraba su prisión, y que simbolizaba para Hilda toda la estrechez de la vida terrestre. Y hubiese, sin duda, acabado por realizar su propósito de liberarse de la vida, si los doctores no hubiesen hecho ya un compromiso de honor el caso de esta muchacha. Gracias a su paciencia y a sus esfuerzos, la pequeña Hilda fué poco a poco rescatada de su extraño mal. El demonio interior que la atormentaba pudo, por fin, ser arrojado de su espíritu.

Iba su rostro tomando ya una expresión dulce. Un día apareció una sonrisa sobre sus labios. Mas cada vez que los padres de Hilda, envejecidos por la pena que les causaba la extraña enfermedad de su hija, se dirigían a los médicos preguntándoles si podían llevarla ya al hogar, los doctores respondían:

—Esperad. Dejad que la guardemos todavía un poco más...

El bello final de la historia de la muchacha de los treinta y dos suicidios

La misma Hilda, cuando se la preguntaba si quería volver a casa de sus padres, respondía siempre negati-

vamente. Poco a poco comenzó a considerar la clínica, que era sólo una casa de enfermos, como su verdadero hogar. Atendía a los nuevos enfermitos, los distraía, y aunque ella seguía siendo en el fondo una solitaria, la vigilancia a su alrededor llegó a ser menos rigurosa.

—Entonces, ¿esta historia tiene un bello final?—pregunté a mi amigo, cuya voz se debilitaba. Estaba inclinado hacia mí, hablándome en voz baja, para no llamar la atención de los clientes, que comenzaban a ser numerosos en el café.

—Un final dichoso. Hilda Strassinger dejó recientemente la clínica, y pudimos considerarla como definitivamente vuelta a la vida.

—¿Y cómo conoces tú tan bien esta historia?—le pregunté, tras algunos instantes de reflexión.

—Es la hija de mi mejor amigo. Y si quieres verla, puedes acompañarme a Grinzing, al restaurante de su padre, donde podemos tomar algunos platos que son especialidad de la casa...

Nos citamos para el día siguiente y nos dirigimos en tranvía a la casa de la muchacha de los treinta y dos suicidios.

Mi amigo hizo las presentaciones. No pude liberarme de cierta emoción al verme frente a una muchacha tan bonita, que, en una vida tan breve, había ya intentado tantas veces franquear la terrible barrera que estremece a todos los humanos. Estrechó mi mano sin el menor embarazo en cuanto pudo adivinar que yo estaba al corriente de su historia.

Por la noche, tras una comida que hizo honor a la fama de Viena y a la de la casa, se levantó Hilda de la mesa y se excusó por retirarse tan pronto, porque al día siguiente había de madrugar.

—¿Qué tiene usted que hacer tan urgente, señorita? ¿Qué es lo que le hace levantarse tan pronto mañana?—le pregunté.

A pesar de mis esfuerzos, cierta inquietud se transparentaba en mi voz.

Ante mi pregunta, rió con una risa sonora e infantil.

—¿Qué tengo que hacer? Ir sólo a la Alcaldía, para casarme...

Después, continuando en su risa, se alejó hacia el fondo de la casa.

CRISTIAN KELLNER

Los chiquillos se divierten



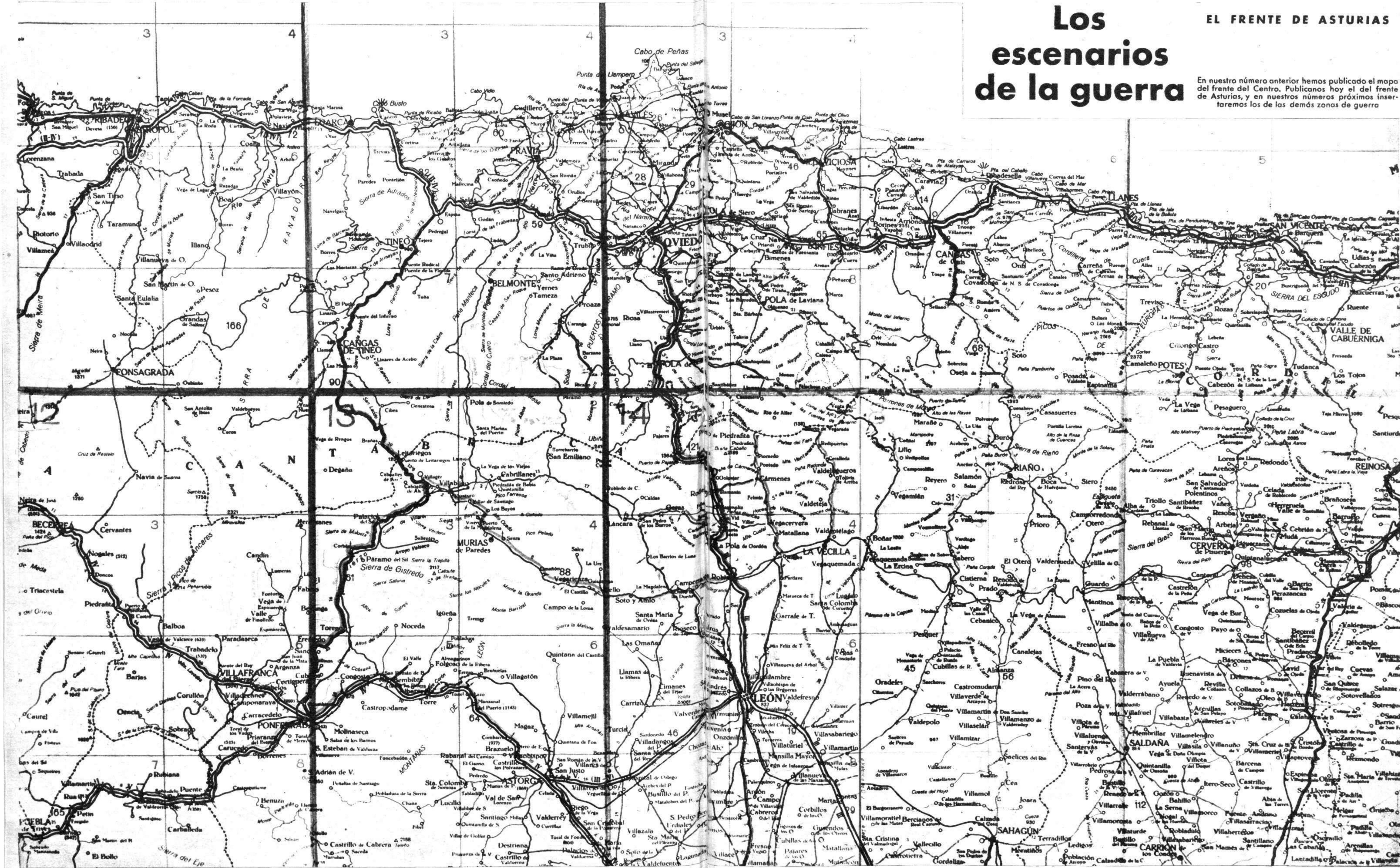
En el Olimpia, de Londres, se ha celebrado un Concurso de belleza entre chiquillas de cinco y seis años. He aquí algunas de las que asistieron a la simpática fiesta infantil

En París se ha celebrado otra fiesta infantil: la elección del rey y de la reina de los chiquillos. Ved la coronación de los nuevos monarcas: la niña Colette Borelli y el niño Guy Simon

Los escenarios de la guerra

EL FRENTE DE ASTURIAS

En nuestro número anterior hemos publicado el mapa del frente del Centro. Publicamos hoy el del frente de Asturias, y en nuestros números próximos insertaremos los de las demás zonas de guerra





¡Quién le iba a decir que volvería, en el año 1936, a ser el vehículo de moda en Madrid!



Ahora, felices, esperan, como en los buenos tiempos del año 1900, la llegada del cliente
(Fots. Videá)

El viejo simón ha reaparecido

EL viejo simón destartado, uno de los signos del Madrid castizo y amable de hace veinte años; el coche público, tirado por un jamelgo escuálido y regido por un auriga autoritario y gruñón, se había perdido en vértigo transformador de la postguerra. El autotaxis lo empujó al pudridero de lo inútil; las viejas berlinas es-

trepitosas, de cristales inseguros; los milords renqueantes, de muelles; hasta los «gomos» presuntuosos y verbeneros, fueron arrumbados por el progreso mecánico.

El simón, toda una institución popular en el Madrid clásico, comodón e indiferente de las «cuartas de Apolo» y los «entresuelos de Fornos»; el vehículo, carroza triun-

fal de mozas de rumbo y señoritos flamencos en los tiempos de los artículos periodísticos de Burell y el Juan José dicentiano, había desaparecido de las calles madrileñas.

Sin embargo, así como de ciertas especies animales en trance de extinción los naturalistas se obstinan en conservar unos ejemplares con destino a parques de estudio y para los Museos de Historia Natural, quedaban en Madrid, en estos últimos años, todavía algunos coches de punto.

Reliquias de un ayer muerto, supervivientes un poco grotescos entre el vértigo mecánico de la moderna industria, se les veía alguna vez arrastrándose perezosa y melancólicamente hacia las estaciones ferroviarias en demanda de un cliente imaginario y forastero, algún provinciano pacífico y desorientado que «picase» en el señuelo de su «alquila» blanco.

El último refugio del simón fué en el acompañamiento de los entierros modestos. Pero hasta las fúnebres carrozas se motorizaron, y el simón, incapaz de seguir las, perdió ese último reducto. La Muerte también caminaba rápidamente, sin paso solemne, y el simón fué incapaz de acompañarla.

Pero he aquí que la guerra civil, que tantos milagros nuevos ha hecho, ha operado otro que, en contraposición con su espíritu, tiene un aire retrógrado: el simón ha resucitado. Otra vez en Recoletos y en la Cibeles, en la Glorieta de Bilbao y en los antiguos «puntos» estratégicos, ha aparecido el viejo simón con sus jacos melancólicos, sus aurigas de fusta enhiesta, su divisa blanca del «alquila» prometedor. En el Madrid de la fiebre bélica que es como una aurora, reaparece el simón como un signo crepuscular de un ayer que se creía ya extinto. Un salto atrás, esporádico, por fortuna, entre los síntomas del salto hacia el mañana que la guerra supone.

Interesados por todos los matices de la vida en la ciudad en estas horas dramáticas, hemos ido a investigar las causas y formas de este nuevo avatar del simón.

En la chamberilera calle de Sandoval hay una cochera. Allí se ha establecido un centro de simones. El azar nos favorece al encontrar como fuente informativa a uno de los cocheros de más castiza veteranía de Madrid. Un tipo enjundioso, digno de un romance de López Silva o de una alusión novelesca de Pedro de Répide.

El veterano simón tiene casi setenta años. Es un superviviente de los tiempos áureos del coche de punto, cuando los largos servicios de propinas espléndidas y «al cochero, lo que quiera, y al caballo, una torrija». Nos dice con cierto acento de júbilo:

—El automóvil nos quitó de la calle, y el automóvil nos trae. Ahora, y es justo, toda la gasolina es para las necesidades de la guerra. Yo no soy de los viejos cocheros que odiaban el taxi. Tengo dos hijos chóferes, y gracias a que ellos han ganado bien su vida me he permitido el lujo de conservar mi simón y mi caballo. Cincuenta años de pescante tiran mucho. Y como, gracias a los chavales, no me faltaba el pan, en los días buenos enganchaba el trotón y me iba a las estaciones o simplemente a dar una vuelta por Madrid. «Caprichos de viejo», decían mis hijos. Y yo les contestaba: «No ser tontos. Siempre quedará en Madrid una persona de gusto «que sepa» tomar un coche de caballos para dar un paseo.» Y la prueba es que raro era el día que no «cargaba». Viejos parroquianos o gente joven y alegre a las que el simón les «chocaba», o «personas de gusto» que querían ver Madrid y enterarse yendo despacio, que es como se ven bien las cosas.

—Y ahora, ¿hay trabajo?

—A pesar de que el tiempo es crudo, no falta. Sirvo diariamente a un viejo médico que no tenía auto, y al que el tranvía—pa que usted vea lo que son las cosas—le hace perder tiempo. Yo no he querido jubilarme nunca. Le tenía cariño al coche. La costumbre podía en mí más que todas las modas. ¡Y al final me he salido con la mía! No quisiera que hubiera sido al precio que es. Porque ha tenido que llegar la guerra para resucitarnos, y yo tengo dos hijos y un yerno y un sobrino peleando en los frentes. He vuelto, como hace treinta años, a salir todos los días «al punto». Me parece haber rejuvenecido, aunque el Madrid de hoy no sea el mismo de mis tiempos. Ayer llevé a un herido que iba a una clínica a que le levantarán la cura. El coche iba despacio, suavito, evitando baches. Yo sé que cada vaivén violento es un quejido. Para esto el coche, si no se trata de un transporte urgente, es lo mejor. El muchacho quería pagarme, y no le tomé el dinero. ¡Quién sabe si mañana tendré que llevar a un hijo mío!

Y al veterano del pescante se le encristalan de emoción las pupilas.

J. F.

Este número ha sido visado por la censura

Luis de Tapia y las canciones de la guerra civil



"Las Compañías de Acero" y "Miliciano Popular"

Los cronistas de guerra han divulgado el suceso dramático y heroico: en campos rasos de Castilla, un batallón de fuerzas populares resistió impávido un furioso y continuado bombardeo aéreo mientras todos sus milicianos cantaban a voz en grito *La Internacional*.

El himno proletario acompañaba el estallido de la metralla y el desgrane silbante de las ametralladoras. La canción vigorosa ritmaba la Muerte. El héroe que canta está más cerca de la victoria que el combatiente huraño y sombrío.

Necesidad de la canción. La música opera en las muchedumbres como un tónico y como un estimulante. La copla, la canción y el himno, son armas de combate tan importantes como los mejores. Toda gran conmoción popular exige su cántico.

El pueblo se mueve a compás de las armonías excitantes. El motín y la conspiración no necesitan música, no la tienen, porque su táctica es de sorpresa y de silencio. Las guerras y las revoluciones, sí la necesitan. Y la tienen, la han tenido siempre, porque la ley de la necesidad auténtica crea, fatalmente, su medio de expresión. El *Ca ira* y *La Marsellesa*, la improvisación genial de Rouget de l'Isle, dan vida lírica y éxito humano a la Revolución francesa. El *Himno de Riego* y *El Trágala* presiden los alzamientos del siglo XIX contra el absolutismo español. *La cucaracha* mejicana, el *Deutschland über alles* de los germanos, la *Madelón*, de Francia; *La Internacional* en tierras de Rusia, todos los himnos bélicos surgidos en los momentos dramáticos de todos los pueblos prueban la necesidad imperiosa, ineludible, el «imperativo categórico» de la canción como un arma espiritual formidable. Puede decirse que hasta que un pueblo no encuentra su canción, no encuentra la ruta de sus destinos.

La guerra civil de España—ya se ha dicho por voces de la máxima autoridad—no es un episodio aislado, circunscrito a los límites geográficos de nuestra nación. Tiene un sentido europeo, universal, porque es el choque de las dos tendencias políticas que se disputan el régimen futuro del mundo.

Eso da a la lucha en España un sentido universalista, de norma y de símbolo. La suerte que aquí corra la democracia servirá de espejo y de ejemplo al resto de Europa.

Las canciones de guerra, en la España de estas horas, están afectadas de la misma tónica. Tienen, ineludiblemente, un sentido genérico, por lo que se relacionan y funden con las de carácter político que son comunes a otros pueblos, a todas las masas populares, que, no importa el clima, vibran con idénticos sentimientos y tienen las mismas propensiones ideológicas.

La Internacional es el himno, podemos decir genérico, de las multitudes proletarias combatientes en España.

LAS COMPAÑÍAS DE ACERO

¡Las Compañías de Acero,
cantando, a la muerte van!
Su temple es duro y es fiero:
tienen el aire guerrero
y valiente el ademán!...

¡Las Compañías de Acero
son de acero,
y triunfarán!

¡En el crisol de ese acero
se funden en un afán
el proletario, el obrero,
el arisco guerrillero
y el invicto capitán!

¡Las Compañías de Acero
son de acero,
y triunfarán!

¡No traspasará ese acero,
bien templado en un volcán,
ni la bala del mortero,
ni el cañonazo certero,
ni el disparo del rufián!

¡Las Compañías de Acero
son de acero,
y triunfarán!

¡Adelante, compañero!
¡Las Compañías de Acero
el Poder conquistarán,
y harán que en el suelo ibero
tengan vivir placentero
los que no tuvieron pan!

¡Las Compañías de Acero
son de acero,
y triunfarán!

¡Las Compañías de Acero
cantando a la muerte van,
porque en su cantar guerrero
dicen al mundo: «Si muero,
mis hijos se salvarán»!

¡Las Compañías de Acero
son de acero,
y triunfarán!

¡Los de ayer no pasarán!

Ahí están, como ejemplo, *Las Compañías de Acero* y *Miliciano Popular*. Fueron hechas, sin ánimo previsto de convertirlas en canciones, por Luis de Tapia, el poeta del pueblo, el gran luchador de siempre por la causa de las reivindicaciones populares. El poeta rebelde de *Los Evangelios*, de los *Bombones y caramelos*, en *España Nueva*; de las *Coplas del día*, en *La Libertad*.

Luis de Tapia tenía ya derecho, por fueros de edad, por veteranía de trabajador, a un bien ganado descanso. Cuarenta años en la brecha del periódico, de la propaganda; ocho lustros de esfuerzos, de persecuciones, de trabajos ofrecidos al pueblo, merecían la honrosa jubilación, el descanso.

Sin embargo, la guerra civil puso otra vez a Luis de Tapia, pese a su salud precaria, en primera línea. Sus *Coplas del día* han vuelto a ser pan espiritual del pueblo. Entre zumbas y gracejos ha vuelto a decir el poeta sus verdades amargas. Su musa desgarrada, noblemente plebeya, ha cantado y canta todos los episodios y los ímpetus del pueblo en armas.

Y de esas coplas, hechas bajo la tiranía de la obligación diaria—labor de forzado—han surgido *Las Compañías de Acero* y *Miliciano Popular*.

Coplas que se han transformado en himnos. Coplas que han tenido su mejor premio en hacerse populares, en que las canten en desfiles y en la batalla las masas del pueblo que combaten; coplas que vibran en los altavoces de propaganda y suenan en los cuarteles y difunden su eco en los campos de lucha.

Las Compañías de Acero tienen acento solemne y duro de auténtico himno de combate; rudeza e ímpetu lírico. El *Miliciano Popular* es más de la calle, más vivo y con un acento jubiloso de recluta juvenil.

Las dos canciones, si no las únicas, las mejores que ha producido hasta ahora la guerra, tienen la frase y el espíritu de Luis de Tapia. El ha merecido bien de su causa dándoselas, y el pueblo le ha pagado con el mejor premio que puede otorgarle a un poeta: llevando sus canciones en la boca y en el corazón, cantándolas en las calles, en las horas de entusiasmo, y entonándolas heroicamente en los campos de lucha cuando se juega la vida.

JUAN FERRAGUT

¡AQUI, MADRID, ALTAVOZ DEL FRENTE!

Radio, cine, pintura, teatro, música, al servicio del pueblo en armas

EN los primeros días de Agosto, apenas iniciada la sublevación militar, surgió, como servicio de propaganda para el pueblo en armas, el Altavoz del Frente. Nació por iniciativa del Partido Comunista, y se encuadraron en él, desde el comienzo de su actuación, las experiencias y enseñanzas adquiridas en otros ensayos de orientación parecida, realizados en los primeros días de la subversión. Surgió ya con pujanza y perfil de cosa lograda y madura, aupado por el entusiasmo de sus organizadores y por el fervor del pueblo combatiente. Y es hoy ya, no obstante la brevedad de su vida, un fruto pujante y con perfil propio, un grito plural de arte al servicio de la propaganda, para los ojos y los oídos heroicos, popular y admirado por cuantos luchan en defensa de la República en los frentes de guerra de las líneas de fuego o de la retaguardia.

—Al principio—nos ha dicho César Falcón, uno de

propósitos que aconsejaron su creación. Vea usted las más importantes:

Radio. Una emisión diaria, con programas musicales, charlas y conferencias exclusivas para el micrófono del Altavoz.

Una Comisión, formada por miembros de todas las demás Secciones, orienta su actuación. Hoy mismo, para ampliar su repertorio musical radiado de canciones antifascistas, estrenaremos el *Himno del Kominter*, interpretado por el barítono Granda, y *No pasarán*, música de Lazareno.

Cinema. Producción y exhibición de películas de los distintos frentes. Dentro de pocos días comenzará la exhibición de un gran film de la guerra y de una cinta corta, la única sobre los últimos combates en el sector del Tajo. También hemos adquirido, para esta Sección de Cinema, la exclusiva para la proyección de cuantos re-

numeroso de artistas de la especialidad a que la Sección se refiere. En total, pasan de doscientos los que nos prestan su cooperación.

Todo el trabajo, toda la producción que aquí se realiza es especial para el Altavoz, que nació y vive con este único objetivo: al servicio y exaltación del pueblo, con una concreta tarea antifascista de agitación por el pronto y total aplastamiento de la rebelión fascista. Y todo ello se hace sobre la guerra viva, yendo a los sitios de máximo peligro, si es necesario. Como ejemplo de ello, puedo decirle que en la última expedición realizada al frente por los dibujantes del *Altavoz* resultó herido de importancia, por las balas enemigas, el pintor Juan Eugenio Mingorance. Toda nuestra labor tiene un fin inmediato: presentarla en los distintos frentes.

Incluso se ha preparado una camioneta, convertible en escenario, para representaciones teatrales, y se han en-



El grupo teatral del Altavoz del Frente, con su director Manuel González

(Fot. Piortiz)

sus más decididos animadores, en unión de Eusebio Mejías, secretario administrativo—hubo que vencer muchas dificultades y que improvisar muchas cosas para lograr empezara a funcionar con la rapidez que nosotros deseábamos. Pero hoy, el Altavoz ha ensanchado su radio de acción, abarcando múltiples aspectos, y podemos ya mostrar muchos frutos de su trabajo.

Estamos en las oficinas donde se controlan las actividades del Altavoz, junto a un balcón abierto al estruendo febril de la calle de Alcalá, ahogado por el trabajo incesante de la oficina. Bajo los balcones, un grupo de pintores da los últimos toques al decorado de la fachada, cuadrada con carteles donde se hace la exaltación de la gesta heroica del pueblo en armas. En las oficinas, otro grupo de hombres y mujeres, a los que la obligada improvisación de tantas cosas en estos días de trabajo febril ha descubierto una magnífica capacidad de organizadores certeros, trabajan sin descanso a la mayor gloria y eficacia del Altavoz; dan órdenes rápidas, preparan datos, consultan ficheros, aclaran dudas, extienden largas relaciones, organizan los ejemplares del Museo futuro o de la próxima Exposición de dibujos, despachan visitas y consultas...

—Así siempre—me dice Falcón—. Muchas horas de trabajo y de entusiasmo, por y para el pueblo en armas.

—¿Cuántas Secciones abarca el Altavoz?

—Muchas. Y hemos procurado que cada una de ellas alcance la máxima eficacia. Para lograrlo, hemos colocado al frente de ellas un responsable competente, encargado de orientarlas y controlarlas de acuerdo con los

portajes de la guerra se han realizado hasta la fecha.

Música. Con un numeroso grupo de compositores y cantantes, a cuyo frente está, como responsable, Carlos Palacios.

Exposiciones. Preparamos una en los tres vestíbulos del Teatro Lara. En el primero irá la parte de propaganda; en el segundo, la Exposición, propiamente dicha, y el Museo de guerra, y en el último, sobre los viejos tapices que le decoran, se colocarán unos *panneaux* con la gesta gloriosa del pueblo: toma del cuartel de la Montaña, lucha en la Sierra, etc. También estamos organizando varias expediciones volantes para enviarlas al frente, a los hospitales y guarderías infantiles. El responsable de esta Sección es el pintor Francisco Mateos.

Dibujo, Pintura y Escultura. Responsable, Aníbal Tejada.

Periódicos. Preparamos un semanario que se titulará *Altavoz del Frente*, que aparecerá dentro de pocos días. También proyectamos otro gran semanario ilustrado, que se titulará *Por la guerra y para la guerra*, en el que colaborarán los mejores escritores, fotógrafos y dibujantes antifascistas de España y del Extranjero. El responsable de esta Sección es Eusebio Ciorra.

Conferencias, charlas políticas, etc. Responsable, Vicente Arroyo.

Y, por último, la Sección teatral. Pero de ésta le hablará el responsable de la misma.

Todavía hemos de anotar otras manifestaciones de César Falcón. Estas:

—Cada una de estas Secciones trabaja con un grupo

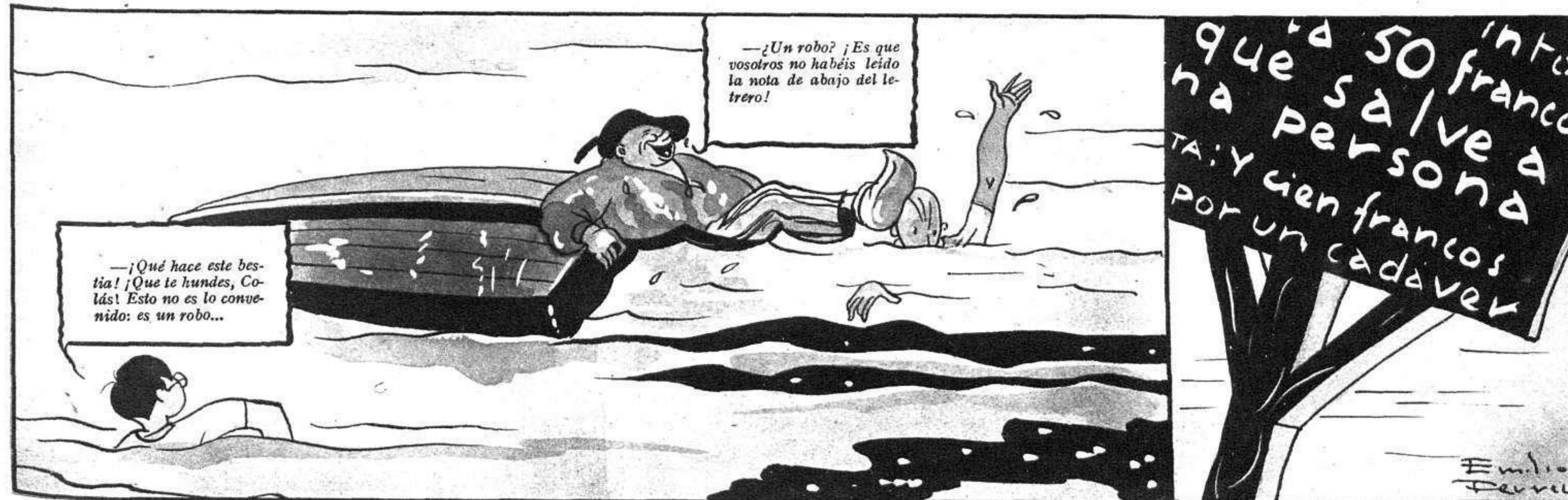
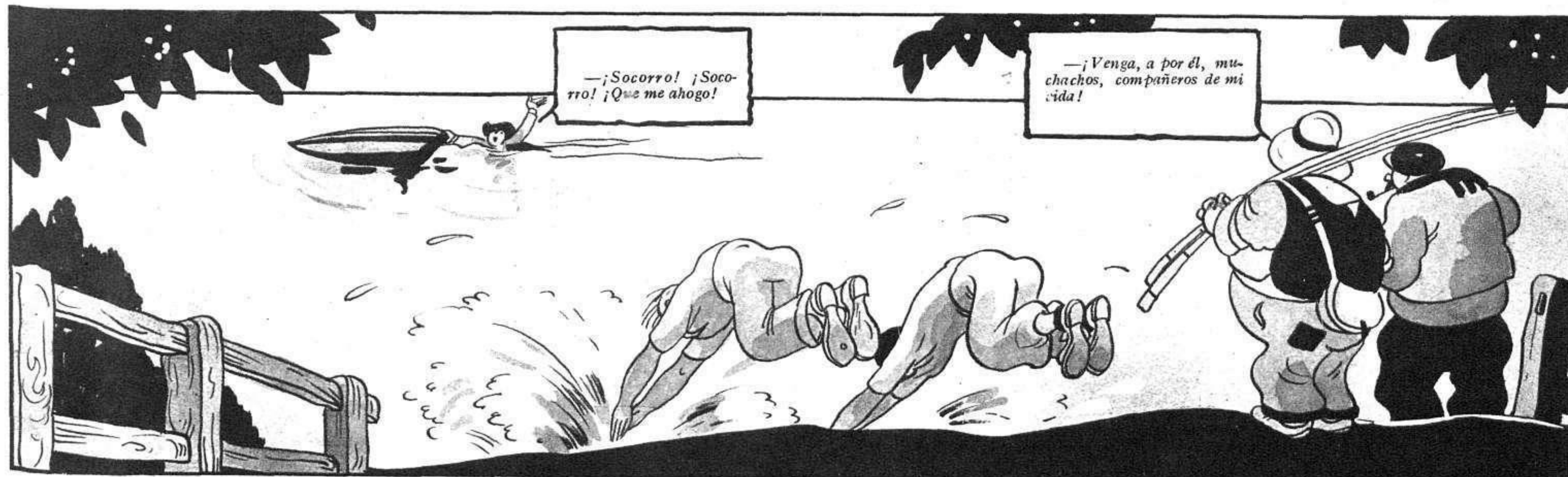
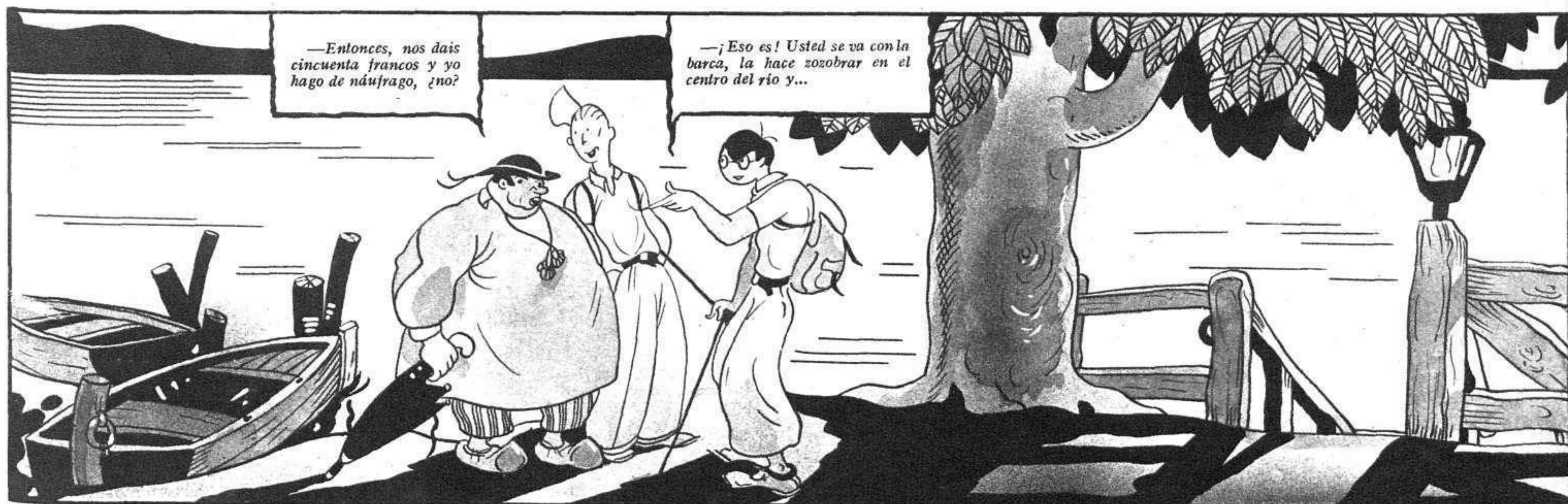
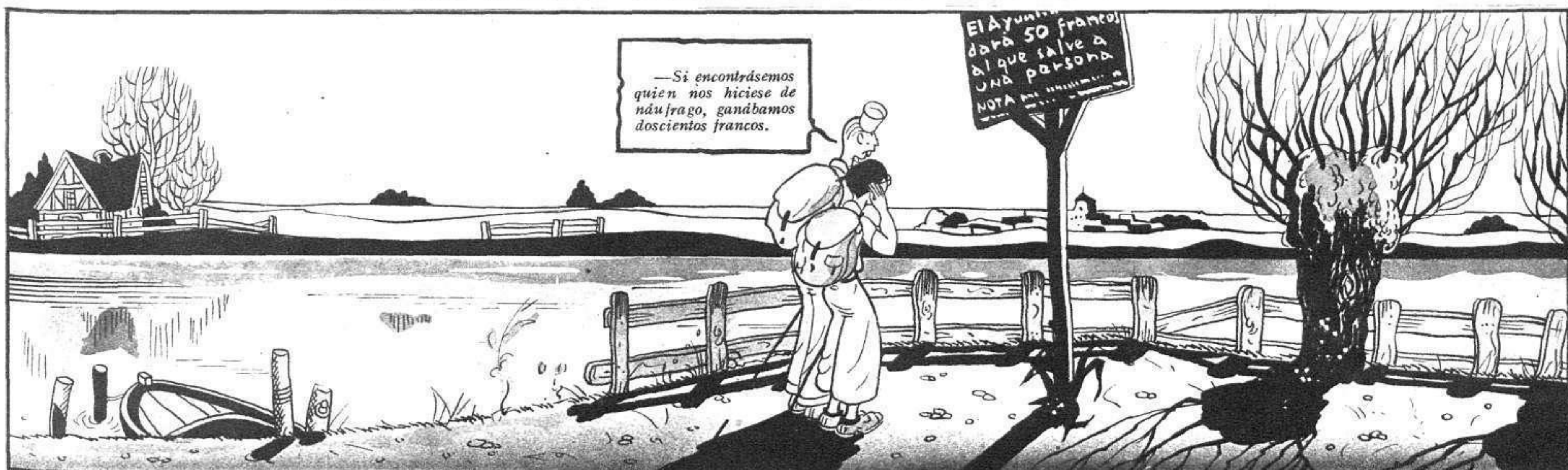
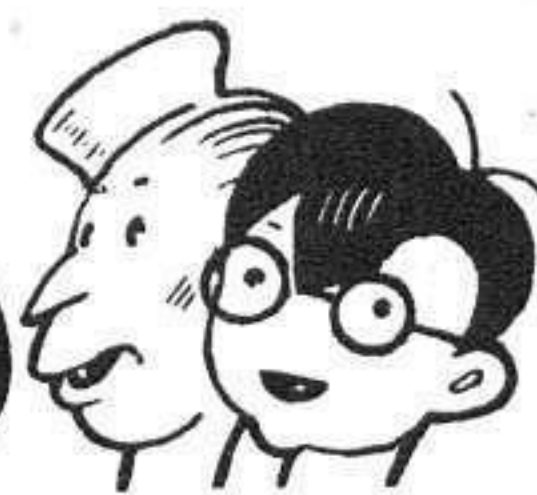
viado a los distintos lugares de lucha unos centenares de aparatos de radio, para que puedan ser escuchadas allí nuestras emisiones.

El responsable del Teatro del Altavoz me ofrece los datos de esta Sección, en el mismo teatro de Lara, donde tres grupos de artistas ensayan las obras de próximo estreno, a las órdenes del ilustre Manolo González.

—Hasta ahora—me dice—, tenemos ensayadas y a punto de estreno próximo estas seis obras: *El bazar de la Providencia*, de Rafael Alberti; *La conquista de la Prensa*, de Irene de Falcón; *Así empezó*, de Luisa Carnés; *Los hombres al frente*, de Braulio Iglesias; *Singladura roja*, de José Romillo, y *Asturias*, de César Falcón. Cada una de estas obras, condensadas en forma de *skets*, tendrá una duración de unos veinte minutos, con objeto de poder agrupar cuatro de ellas en un programa normal.

¿Quién conoce el viejo Teatro de Lara, ahito hasta hace poco de lágrimas melodramáticas, con este aire nuevo y juvenil que se le ha entrado por las puertas? A Manolo González no debe haberle sorprendido mucho, porque sigue en su sillón de director, dando orientaciones, limando aristas interpretativas, con un gesto de tan subida satisfacción que hace pensar en que ahora es cuando se encuentra verdaderamente a gusto en aquella casa.—ANTONIO OTERO SECO

LA VUELTA AL MUNDO de COLÁS Y BARULLO





**La lucha bajo las
primeras nieves**

Arriba: Un grupo de deportistas alistados en el Batallón Alpino del 5.º Regimiento, en los frentes de la Sierra, ya bajo las primeras nieves.—Abajo: Los milicianos inician un ataque en las cumbres nevadas, bajo la fría luz de un día encapotado

(Fots. Santos Yubero)





Centinelas en la noche

En el frente de Huesca,
estos dos centinelas vigi-
lan los campos, ilumina-
dos por la luna

(Fots. Torrents)



SECCIÓN DE ANUNCIOS TELEGRÁFICOS

10 PALABRAS: PTAS. 415

CADA PALABRA MÁS: 40 CÉNTIMOS

ABUNDANCIA de amor, salud y riqueza por medio de la radiación cósmica. Pida informes: Utilidad, Apartado 159, Vigo (España).

LOS desarreglos intestinales y los ardores de estómago se curan tomando el tónico digestivo «Tesoro del Estómago».

PARA HACERSE AMAR locamente. Dominar a los hombres, conquistar a las mujeres. Mandad

sello de 0,30 y recibireis «La Llave del amor». Librería S. Pons, Buenavista, 11, Barcelona.

POSTALES felicitaciones moda. Brillo, Caricaturas, Almanaque, lujosos. Brillo rosado. Marca PD. Dümmatzen, Barcelona, Teatún, 4.

PARA anunciar en esta sección dirijase a «Publicitas», Avenida de Pi y Margall, 9, entresuelo.

EL IMPUESTO DEL TIMBRE A CARGO DE LOS SEÑORES ANUNCIANTES

APOPLEJIA -PARALISIS-

Angina de pecho, Voz prematura y demás enfermedades originadas por la Arteriosclerosis e Hipertensión. Se curan de un modo perfecto y radical y se evitan por completo tomando

RUOL

Los síntomas precursores de estas enfermedades: dolores de cabeza, rumba o calambres, zumbidos de oídos, falta de tacto, hormigueos, vahidos (desmayos), modorra, ganas frecuentes de dormir, pérdida de la memoria, irritabilidad de carácter, congestiones, hemorragias, varices, dolores en la espalda, debilidad, etc., desaparecen con rapidez usando Ruol. Es recomendado por eminencias médicas de varios países; suprime el peligro de ser víctima de una muerte repentina; no perjudica nunca por prolongado que sea su uso; sus resultados prodigiosos se manifiestan a las primeras dosis, continuando la mejoría hasta el total restablecimiento y lográndose con el mismo una existencia larga con una salud envidiable.

VENTA: Madrid, F. Gayoso, Arenal, 2; Barcelona, Segalá, Rbla. Flores, 14, y principales farmacias de España, Portugal y América.

Conservas **TREVIJANO**

Lea usted los domingos

CRÓNICA

PRENSA GRAFICA

(S. A.)

HERMOSILLA, 73
Apartado 571 MADRID

Tarifa de suscripción para
MUNDO GRAFICO

Aparece todos los miércoles

Madrid, Provincias
y Posesiones Españolas:

Un año	15,-
Seis meses	8,-
Tres »	4,-

Francia y Alemania:

Un año	23,-
Seis meses	12,-
Tres »	6,-

América, Filipinas y Portugal:

Un año	16,-
Seis meses	9,-
Tres »	4,50

Para los demás Países:

Un año	30,-
Seis meses	16,-
Tres »	8,-

NOTA.—No tendrán derecho a recibir los números extraordinarios que se editen nada más que los suscriptores por un año, como mínimo.

EDICIONES ELEGANTES Y MODERNAS



NÚMEROS
EXTRAORDINARIOS DE
PERIODICOS,
REVISTAS,
TARJETAS POS-
TALES,
CATALOGOS,
FOLLETOS, ETC.

Con los procedimientos gráficos modernos (los que mejor responden a las nuevas tendencias del arte), usted aumentará el encanto y la belleza de sus publicaciones, así como también la eficacia de todos sus impresos de propaganda. Tratándose de grandes tiradas, no inferiores a 10.000 ejemplares, en nuestros talleres le haremos toda clase de impresos artísticos, modernos y de refinado buen gusto, tanto en huecograbado como en tipografía.

CONSULTE
POR CARTA O
POR TELEFONO A

**PRENSA
GRAFICA**
S. A.

HERMOSILLA, 73. - MADRID

Apartado 571 Teléfonos 57885 y 57884



El centinela

En la fría madrugada de estos días otoñales, allá por las ásperas tierras de las serranías castellanas, este centinela observa las líneas enemigas

(Fot. Piortiz)